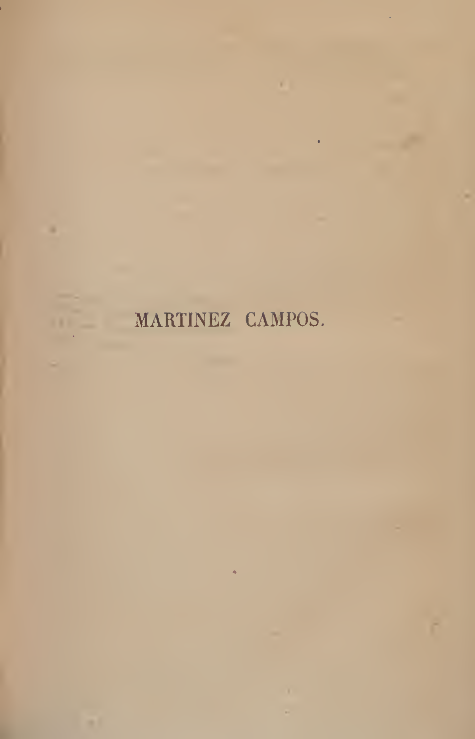


MARTINEZ CAMPOS.

MARTINEZ CAMPOS

9.

Y

SUS HECHOS PRINCIPALES

POR

D. ESTÉBAN GONZALEZ APOUSA

Subsecretario que fué de la Presidencia del Consejo de Ministros
y ex-diputado á Córtes

MADRID

IMPRENTA Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ

Calle de la Colegiata, núm. 6

No la confianza en mis débiles fuerzas, no la conviccion de que mi corto y limitado entendimiento salga airoso de la terrible prueba á que le someto, no, en fin, la persuasion del tino y del acierto, sino únicamente el deseo de convertirme en eco veraz, en eco fiel, ya que no elegante ni atildado, del profundo y por tantos títulos merecido reconocimiento que mi patria consagra al ilustre general D. Arsenio Martinez Campos, es el que pone la pluma en mis manos para acometer una empresa ajena á mi profesion, extraña á mis hábitos y condiciones, árdua, espinosa, difícil, y por todo extremo superior á mi pobre razon y no nada sobradas facultades. Posible es que algun cen-

sor, demasiado severo con cualquier otro, pero sobradamente benévolo y blando con relacion á mí, que sin mérito alguno á tanto me atrevo, me increpe y acrimine tal ceguedad y falta de consejo; pero á él, como á todos, suplico con sinceridad que perdonen mi irreflexiva y poco meditada resolucion, en gracia del nobilísimo móvil que á adoptarla me impulsa. El que de esta ó de otra manera cree pagar una parte, aunque pequeñísima, de la inmensa deuda de gratitud que todos, absolutamente todos, tenemos contraida, se hace acreedor por este solo hecho, ya que no al general aplauso, por lo ménos al respeto y consideracion de aquel que sienta latir dentro de su pecho un corazon hidalgo y levantado. Hé aquí la reflexion que más principalmente me anima y alienta á acometer esta arriesgada y para mí casi imposible empresa. Contando, como creo contar, con la comun benevolencia, una vez hecha esta franca y sincera explicacion de mi conducta, entro á enumerar algunas de las inmensas dificultades que, dada mi situacion especial, he de verme en la necesidad de salvar y vencer.

La tarea de narrador de las cualidades personales y altos hechos de un personaje contemporáneo es, sobre todo encarecimiento, delicada y difícil. Si el que en semejante caso se encuentra elogia y ensalza, no con apasionamiento y demasía, sino, ántes bien, pagando el justo y debido tributo á la excelencia de los servicios y á la verdad histórica, corre gravísimo riesgo de que la comun flaqueza y la general debilidad crean descubrir en sus aplausos parcialidad, aficion, cariño y quizás otros móviles ménos dignos y honrosos; si, por el contrario, censura ó vitupera, en cumplimiento de un deber sagrado, y como sagrado ineludible, se expone tambien á que la maldad y perfidia humanas crean ver en su proceder algo que ceda en descrédito y menoscabo de su equidad y amor á la justicia, cuando no de su honradez y su buen nombre. Estos escollos, capaces por sí solos de producir profundo desánimo y no escaso desaliento en talentos privilegiados é inteligencias superiores, bastarían á dar al traste con mi poco firme y mal segura resolucion, si yo incurriera en la debilidad de parar mientes en ellos; mas

como á la vez que estoy resuelto á no separarme en nada de la verdad que de los hechos resulte, soy por la peculiaridad de mi carácter tan dado á extremar el elogio como á aminorar el vituperio, creo que no han de ser aquellos parte á impedir que yo dé cima á mi empresa, si no con lucimiento, por ser esto imposible, al ménos lo mejor que mi carencia de aptitud y falta de idoneidad permitan y consientan.

Tengo que hacer, por último, una declaracion importante. Aunque mi humilde, aunque mi modestísimo trabajo no tuviera otro objeto sino poner de resalte y manifiesto hasta qué punto es apasionada, hasta qué punto es inmerecida la especie de cruzada que han levantado la pasion política y el espíritu de partido para amenguar y disminuir el refulgente brillo de la aureola de gloria que ciñe las sienes del insigne conquistador de la Seo; aunque no tuviera otro objeto mi trabajo, vuelvo á repetir, seguro estoy de que á nádie que me conozca pueda sorprender que yo me haya creido en el deber imprescindible de escribir este pobre y desaliñado folleto para volver por los fueros de

la verdad y de la justicia, tristemente hollados ó lamentablemente desconocidos; que no es, ni ha sido, ni será nunca mio transigir con la parcialidad y con el error, sea cual fuere la forma que uno y otra revistan.

Hechas estas salvedades, entro desde luégo en materia.

I.

El general Martinez Campos, como todo hombre que consigue sobresalir, distinguirse é ilustrar su nombre y el de su familia con actos dignos de loa y hechos gloriosos, es, y no puede dejar de ser, dada la flaca y endeble naturaleza humana, blanco y objeto de apasionados encomios y severas censuras. Dividido, en esto como en todo, el parecer de los hombres, encuéntrase á cada paso quien le tilde ó califique, ya de hijo predilecto de la suerte, de lo imprevisto y del acaso, ya de guerrero hábil, de guerrero insigne y de capitan experto y consumado. Para unos, todo cuanto ha hecho y realizado ha sido sólo efecto de su propicia estrella y hado venturoso; para otros, ha

sido únicamente obra y resultado de su privilegiado talento y brillantísimas cualidades. Convienen estos y aquellos en que su valor raya en heróico, en que es bueno, recto y honrado, así en la vida pública como en la vida privada; modesto y sencillo en el seno del hogar, consecuente y leal en sus amistades, inaccesible á los placeres, al fausto, y al ruido y oropel de que el mundo tanto y tanto se paga, enemigo del ócio, idólatra de la gloria y amante entusiasta y ciego de la prosperidad. y grandeza de su patria; pero discrepan y disienten, no ya en parte y á medias, sino radical y profundamente, sobre la mayor ó menor legitimidad de su fama como militar y de su renombre como caudillo. Panegiristas y detractores luchan y contienden sin tregua ni respiro cuando de él y de sus hechos se trata; y arrastrados unos por la pasion y el afecto, y otros por la prevencion y la enemiga, ó le encumbran y ensalzan hasta el punto de hacerle aparecer como uno de los primeros guerreros de su siglo, ó le rebajan y deprimen hasta convertirle en un mero soldado de fortuna. En presencia, pues, de opiniones tan encontra-

das y pareceres tan diversos, deber es de quien, como yo, ha echado sobre sus débiles hombros la pesadísima carga de narrador escrupuloso y fiel, decir la verdad, y la verdad pura, sobre este grave y trascendental asunto; que no puede dejar de ser grave y trascendental en alto grado aquel en que se trata de una de las más puras y legítimas glorias militares de nuestro país en los tiempos modernos.

Al dar comienzo á su brillantísima carrera militar, el general Martinez Campos no poseía otros bienes que su espada y un nombre modesto, aunque muy respetable y respetado. Sin proteccion, sin favor, sin ninguno de los poderosos medios de medro personal que facilita un apellido ilustre ó una gran fortuna, comprendió desde el primer momento que, si quería ser y brillar en su patria de un modo honroso, tenía necesariamente que apoyarse en el mérito propio, fuente la más pura, eficáz y legítima de toda elevacion y de toda grandeza. Huyendo, pues, de los atractivos del mundo y de las seducciones de la sociedad, se consagró con alma y vida á los rigores y penalidades

de la vida militar, y buscando con ánsia ocasiones de sobresalir y distinguirse, peleó en España, peleó en África, peleó en América, y no se dió punto de reposo para saciar y satisfacer su hidalga y generosa inclinacion. En los campamentos, en las marchas, en las sorpresas, en los asaltos, en los campos de batalla, en los mil y mil incidentes, en fin, fieros y terribles de la noble profesion que había abrazado, adquirió bien pronto ese temple de alma enérgico, sano y vigoroso que le caracteriza y distingue, y del cual tantas y tan brillantes pruebas ha dado y dará. Severamente escrupuloso en el cumplimiento de todas sus obligaciones, esclavo del deber, dió de sí tales muestras al recorrer la escala de los ascensos y de los honores, se condujo siempre con tan admirable tino y envidiable acierto en el desempeño de todas las comisiones, cargos y empleos que se le confiaron, que no hubo un solo instante en toda su vida, uno solo, en que no se le considerara digno de ocupar otros más importantes y elevados. ¡Extraño don, pasmosa facultad que basta por sí sola para explicar la rapidez de su

carrera! Viviendo constantemente en medio de las fatigas y de los peligros, criado en la severa escuela de las virtudes viriles, endurecido su cuerpo y fortalecido su espíritu en el áspero crisol de las privaciones y penalidades, penalidades y privaciones durísimas, grandes, inmensas, ha llegado á vencer hasta tal punto las flaquezas y desfallecimientos inherentes á la débil naturaleza humana, que no es fácil saber y averiguar cuándo restaura, con el descanso ó el alimento, sus perdidas y agotadas fuerzas. Una hora de sueño y un pedazo de pan bastan para devolverle toda su energía. Sólo así se explica que en veintiocho años de servicios efectivos haya podido alcanzar con general aplauso la suprema investidura militar; sólo así se explica que en veintiocho años de servicios efectivos haya podido ceñir á sus sienes una corona de gloria, tanto más digna de consideracion y de respeto, cuanto que sólo descansa en el mérito personal; sólo así se explica, en fin, que en veintiocho años de servicios efectivos haya podido conquistar un nombre que es ya, y será más cada dia, orgullo de propios y envidia de extraños.

Descúbrese en él, sin embargo, un defecto, y defecto grave. Extraño al temer, familiarizado con el peligro, indiferente al riesgo, hace á veces ostentosa gala y público alarde de una temeridad que, si en un jefe de inferior y más modesta categoría sería reprensible y censurable, tiene que ser, y lo es, más digna de vituperio en quien, como él, disfruta de tan alta y respetable posicion. Demasiado sé que, desde que el mundo existe, la humanidad entera ha rendido un gran tributo de respeto y veneracion al valor personal que tan en pugna está con el amor individual y el instinto de conservacion; tampoco ignoro que el olvido de sí mismo y el desprecio de la vida, por mucho que se extremen y exageren, tienen no poco de heróico y elevado que cautiva la voluntad y subyuga el espíritu, siempre que uno y otro sacrificio se hagan en aras del bien público y del interes general; pero no por eso es ménos cierto que el esforzado caudillo que expone la suerte de su ejército, el porvenir de su patria y el éxito de una operacion militar, quizá decisiva, al azar de un contratiempo personal, no hace, ni con mu-

cho, lo que le cumple y debe. Infinitos, sí, infinitos ejemplos podría citar en corroboracion de esta verdad. Sin ir más léjos, recuerdo con dolor, y dolor profundo, que aún lloramos, y por largo tiempo deploraremos, la infausta suerte que cupo á un militar insigne, á un experto y consumado general, que, por haber echado en olvido lo que ahora censuro y que en buenos y sanos principios le estaba vedado, encontró una muerte, gloriosa sí, pero estéril, y sobre estéril, peligrosa para la salud de sus soldados, allí donde esperaba alcanzar un solemne y completo triunfo. Deber grande, deber ineludible es, pues, para todo aquel á quien su mérito ó su fortuna eleva al supremo mando de un ejército, el de cuidar de su seguridad y conservacion personal, porque al obrar de esta manera, no sólo vela por sí, vela por todos. Disimulable, sí, muy disimulable es, sin embargo, el defecto que ahora lamento. Nacido de una cualidad nobilísima y que tanto honra y engrandece al hombre, no sólo sirve de espuela y aguijon al pundonor ajeno, sino que á la vez dá la medida exacta de lo que cada cual puede esperar y prome-

terse de quien concede generoso albergue en su corazon á tan dignos y levantados sentimientos. Dice un eminente escritor frances que en las personas honradas y bien nacidas las malas cualidades no son sino la exageracion de las buenas; y si alguna vez ha tenido esta gran verdad completa y absoluta aplicacion, es con referencia al caso presente, es con relacion al general Martinez Campos. Si á las grandes y aventajadas dotes que, como ántes he manifestado, éste reune, se agrega un talento clarísimo, un gran desinteres, una imaginacion tan pronta en concebir como rápida en obrar, una actividad incansable y una integridad á toda prueba, tendrá el lector un retrato exacto, aunque hecho á la ligera, del ilustre personaje que da ocasion y motivo á estas reflexiones.

II.

Despues de haber hablado con alguna extension del general, del caudillo, natural y hasta necesario es que hable tambien de sus hechos.

Sobre este punto es mayor, mucho mayor, si cabe, la diversidad de las opiniones y de los pareceres, no porque haya, ni pueda haber, quien ponga ni áun por un momento en duda la excelencia de los servicios prestados por el general Martinez Campos y la importancia de los maravillosos y nunca bastantemente aplaudidos resultados con ellos obtenidos, sino porque no falta quien crea, ó afecte creer, que esta y aquella no han sido producto del genio ni resultado del talento y capacidad, sino pura y simple-

mente efecto del acaso y la fortuna. Asunto es este demasiado importante para que nos creamos dispensados de consagrar á su dilucidacion algunas líneas. Los detractores, los émulos, los mal encubiertos enemigos del general Martinez Campos, discurren en apoyo de su opinion de esta ó parecida manera. Convenimos de buen grado, dicen, en que el mencionado general dista mucho de ser un caudillo vulgar; convenimos tambien, por ser de justicia hacerlo, en que sus dotes personales son brillantes, sus méritos como militar indisputables, sus servicios como pacificador nada comunes, su valor, su desinterés y su actividad superiores á todo elogio; pero en lo que no convenimos, ni podemos convenir, es en que en el ataque de la Seo de Urgel y en su marcha sobre el Pirineo por el valle del Baztan, diera grandes muestras de alcance, sagacidad y talento militar. Nó en el primero, es decir, en el ataque de la Seo, porque si los carlistas, con mayor prevision y mejor consejo, reunen todas sus fuerzas, lo mismo las que sostenían la guerra en Cataluña que las procedentes de Aragon y Valencia, inter-

ceptan los convoyes, cortan y se apoderan del tren de sitio y embisten resuelta y briosamente las posiciones ocupadas por los sitiadores, podían haber puesto á éstos en gran peligro y aprieto, con tanta mayor probabilidad de éxito, cuanto que lo adelantado de la estacion en que dió principio el sitio de la plaza y los escasos medios de accion con que el referido general contaba entónces para llevar á dichoso término su difícil y arriesgada empresa, debían ser otros tantos estímulos que aguijonearan su fe y avivaran sus esperanzas. Nó en el segundo, es decir, en su marcha sobre el Pirineo por el valle del Baztan, porque si los partidarios del Pretendiente, mejor mandados y más hábilmente dirigidos, dejan parte de sus fuerzas para hacer frente á los generales Quesada y Moriones, y reuniendo rápidamente lo mejor, más numeroso, granado y aguerrido de sus huestes, se precipitan y caen sobre las del general Martinez Campos, ora en su movimiento de avance, ora al llegar á la frontera, momento en el que, segun confesion de su mismo caudillo, carecían de víveres y municiones, podían haber alcan-

zado un gran triunfo y expuesto nuestro ejército á un gran desastre.

He aquí presentadas en globo, y de la manera más enérgica y vigorosa que nos ha sido posible, las causas y razones que, en su decir, impiden á los detractores del mencionado general reconocer que en ambos casos diera éste grandes muestras de prevision, sagacidad y talento militar. Cúmpleme á mi vez demostrar ahora, que esas que á ellos les parecen faltas graves, faltas dignas de censura, son, por el contrario, los títulos más bellos y elocuentes de tino y habilidad, y, lo que es más, de genio y de genio verdadero, que se pueden presentar, dadas las especiales condiciones en que, tanto en una como en otra ocasion, se encontraban los enemigos que debía combatir y vencer aquel esforzado y entendido militar. En defensa de su profunda prevision y consumada pericia, seguiré el mismo órden y método que he creido conveniente adoptar en la formulacion de los cargos. No era posible que los carlistas reunieran sus fuerzas en socorro la Seo, porque el estado de desaliento y descomposicion en que se encontraban, y

del cual tenía noticias ciertas, noticias positivas el ilustre conquistador de aquella plaza, se lo estorbaba é impedía: no era posible que su reconcentracion parcial ó total fuera una amenaza séria para el ejército sitiador, porque el experto jefe que lo mandaba disponía de medios sobrados para rechazar cualquier agresion, áun sin contar para nada con el eficacísimo apoyo que, en caso necesario, le podía prestar el general Jovellar: no era posible que interceptaran los convoyes destinados al ejército, ni que cortaran y se apoderaran del tren de sitio, porque las acertadas medidas y hábiles disposiciones adoptadas para evitarlo, hacían que ambas cosas fueran de todo punto ilusorias y totalmente irrealizables: no era posible, en fin, que contaran para nada con lo adelantado de la estacion en que dió principio el ataque, ni con los escasos medios de accion de que el general Martinez Campos en un principio disponía, porque la descomposicion y desconcierto que ya en aquellos momentos los trabajaba y más y más los debilitaba y enflaquecía; el completo desánimo que se había apoderado de los de-

fensores de la plaza, proveniente en parte de su perdida fe y falta de concordia, y en parte de la ninguna esperanza de socorro; el gran prestigio que para ellos, como para todos, tenía el general Martinez Campos, y el poco ó ninguno de que gozaba el inhábil é inexperimentado jefe que los dirigía; el temor de que llegara, como llegó, el tren de sitio y con él la ruina, la desolacion y la muerte; la firme, la inquebrantable resolucion hecha pública por el caudillo de las huestes que embestían la plaza de no cejar por nada ni por nadie en su propósito de hacerse á toda costa dueño de la ciudadela sitiada y combatida; el cansancio, la sed, la falta de sueño, el temor de quedar al fin vencidos y de sufrir la dura ley del vencedor, y mil y mil otras causas que nadie entónces preveía y que el general Martinez Campos con su gran talento y pasmosa capacidad adivinaba, les pusieron en el duro, en el terrible trance de abandonar su empresa, firmar una capitulacion y deponer las armas. La rendicion y entrega de la Seo fué el anuncio y señal de la extincion total de las bandas armadas que hasta entónces

habían afligido y asolado los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña. No peco de medroso ni soy dado al espanto; pero cuando me pongo á considerar las tristes, las dolorosísimas consecuencias que hubiera podido tener para mi patria el que, cediendo á pueriles preocupaciones y temores vulgares, hubiera desistido el general Martinez Campos de su noble y levantado propósito, y dado lugar con tan deplorable resolucion á que cerrara la nieve los montes, cobraran ánimo sus enemigos y se prolongara indefinidamente la guerra, no encuentro palabras bastante elocuentes para expresar, no sólo en nombre propio, sino en el de todos mis conciudadanos, la ardiente gratitud y profundo reconocimiento de que me encuentro poseido.

Creo haber dicho lo bastante respecto al ataque de la Seo. Paso, pues, á tratar ahora de la marcha sobre el Pirineo por el valle del Baztan, asunto en el que procuraré ser todo lo más breve, conciso y enérgico que me sea dable.

El general Martinez Campos, impulsado por esa fuerza secreta, mágica y misteriosa

que Dios concede únicamente á los hombres de fe y genio verdadero, comprendió sin gran esfuerzo la suprema consternacion y mortal espanto que podría producir en las filas del ejército rebelde un acto de osadía, un golpe de audacia que diera por resultado la ocupacion total del Pirineo, puerta y boquete por donde recibían armas, víveres, pertrechos y todo género de recursos, y dividiendo sus huestes en dos porciones casi del todo iguales, entró con una de ellas gallarda y resueltamente por tierra del Baztan en son de guerra. El efecto que tan generoso y noble alarde produjo en sus contrarios, fué el que él se esperaba y prometía. Trémulos, desconcertados y llenos de angustia y de congoja, ni se hallaron desde aquel momento en disposicion de dar ninguna muestra de virilidad y energía proporcionada á su fuerza y poderío, ni pensaron en otra cosa ya sino en suspender las hostilidades y en poner término á la sañuda y civil contienda. Creer, pues, que en tan triste estado de espíritu podían pensar siquiera en ejecutar los milagros y maravillas que los detractores de tan experto y consumado general

suponen que debieron hacer y no hicieron, es desconocer por completo la índole y condicion de la humana naturaleza. Cierto es que allá, en Vera, algunos batallones enemigos intentaron todavía una resistencia que, por lo recia y briosa, rayó en desesperada; pero poco, muy poco, se les alcanzaba si no echaban de ver que, rotos ellos y maltrechos, y poseidos nuestros soldados del mismo espíritu que animaba á su jefe, nada en el mundo, nada, era ya bastante á conjurar su inevitable ruina y su desgracia. Un sòlo cargo fundado, uno solo, alegan los émulos y enemigos del general Martinez Campos para disminuir su prestigio y cercenar su gloria, y es el que se refiere á la penuria de víveres y carencia de municiones en que se encontró el ejército á su llegada á la frontera; mas como la responsabilidad de este cargo no es suya sino ajena, á otro, que nó á mí, corresponde combatirle y desvanecerle. La marcha sobre el Pirineo fué, pues, si bien se examina, tanto por la grandeza de la inspiracion que le dió vida, como por lo portentoso de los resultados merced á ella obtenidos, uno de

los hechos más gloriosos é ilustres que registran los anales militares de ambos mundos.

Pero ¿á qué discuto? ¿á qué razono? Se discuten y razonan los hechos que no salen de la esfera de lo comun, de la esfera de lo vulgar; pero no se discuten ni se razonan las maravillas del genio. Los primeros constituyen el alimento natural del humano entendimiento; las segundas son únicamente patrimonio exclusivo del alma. Aquellos pueden, en este ó el otro caso, en esta ó la otra circunstancia, ganar el ánimo y cautivar el espíritu; pero éstas, las últimas, sorprenden y admiran constantemente. El hombre que ejecuta los primeros dice siempre *puede ser*, y suele no ser, ó ser lo contrario; el hombre que realiza las segundas dice siempre *será*, y *es*. En los dos gloriosos hechos que dan materia á estas reflexiones, se observa esto con toda claridad. Cuando todos dudaban, Martinez Campos creía; cuando todos se manifestaban inquietos, recelosos y alarmados, Martinez Campos se dejaba ver confiado, seguro y tranquilo; cuando todos negaban, él afirmaba. ¡Admirable, sorprendente segu-

ridad que sólo puede ser obra de la inspiracion y del genio! Y si todo esto es verdad, y si las censuras y vituperios de que, con gran fundamento y sobra de razon, hubiera sido objeto á haber fracasado sus proyectos y malográdose sus combinaciones, no hubieran reconocido límites, ¿hay ni puede haber razon para que disputemos la gloria y regateemos los aplausos á aquel á quien tanto debemos y á quien tan obligados estamos? No ciertamente, que si accion tan torpe é indigna como es la de corresponder con ingratitud á los beneficios deshonraría á cualquier país por degradado y envilecido que estuviera, sería horrible, sería repugnante, sería hasta criminal cometida por el pueblo español, que pasa, y no sin razon, por ser el más noble, hidalgo y generoso de la tierra.

¡La Seo de Urgel! ¡El Pirineo! Hé aquí dos nombres que bastarían para honrar y ennoblecer á una generacion entera, y que, sin embargo, son patrimonio exclusivo de un solo hombre. Uno y otro simbolizan la pacificacion total, la pacificacion definitiva de nuestra querida y desgraciada patria, víc-

tima durante algunos años de una guerra civil sangrienta, espantosa y asoladora; uno y otro simbolizan el suspirado renacimiento de la paz, á cuya benéfica sombra se han de cicatrizar las heridas abiertas en el sagrado seno de una ilustre matrona, de la noble y desafortunada España; uno y otro simbolizan, por último, la terminacion de los desastres que han ensangrentado los campos, empobrecido las ciudades, convertido en ruinas los pueblos y desgarrado el corazon de tantas amorosas madres, de tantos acongojados padres, de tantas amantes esposas, de tantos cariñosos hermanos, de tanta pudorosa y virginal doncella y de todo un pueblo, en fin, bueno, honrado y virtuoso. ¿Y á quién se debe todo esto, si no exclusivamente, por lo ménos en su mayor y más preciada parte? ¿A quién? A un solo hombre, oscuro ayer y hoy lleno de la majestad y de la grandeza más sólidas y legítimas, de la majestad y de la grandeza del genio: al general Martinez Campos. Nuevo Colon del espíritu humano, cruzó en alas de su ardiente pensamiento los inciertos y procelosos mares del porvenir, acertando á ver

lo que nadie veía; y cuando todos dudaban, cuando negaban todos, clavó él con mano firme y segura el sagrado lábaro de la paz en la bendita tierra prometida á su fe, ó sea en las agrestes lomas y empinados riscos donde sólo ondeaba ántes el negro pendon de la devastacion y el esterminio. ¡Santa, sublime inspiracion que Dios únicamente concede al genio!

Este es Martinez Campos, y estos son sus hechos. La gloria de aquél y la gloria de estos, son grandes, son inmensas. Lo único que hay aquí pequeño, es el narrador.

Aquí termina mi tarea. Mi objeto, al escribir este folleto, no ha sido otro sino desvanecer las dudas, combatir los errores que pueden haber engendrado en el ánimo de ciertas gentes, de fácil aunque no siempre sana credulidad, las torcidas interpretaciones y apasionados comentarios, hijos de la torpeza ó de la ignorancia, cuando no de la envidia ó de la mala fe. Amante ante todo de la verdad, he procurado llevar al ánimo de mis lectores el mismo convencimiento que en el mio existe, y creo haber conseguido mi propósito.

Dos palabras para concluir. Los panegiristas del general Martinez Campos creen ver en él, como ántes dije, uno de los primeros guerreros de su siglo. Sus enemigos y detractores ven en él únicamente un mero soldado de fortuna. Yo creo estar en lo cierto afirmando que, si no es un verdadero genio, aunque como tal obra y por tal le tengo, es, cuando ménos, uno de los más insignes y hábiles capitanes que España ha producido en estos últimos tiempos.

La opinion pública decidirá cuál de estas tres opiniones es la cierta.

Mayo 10 de 1876.